

Capítulo X

El Santuario

El Señor ordenó a los israelitas que construyeran un santuario, o tabernáculo, que simbolizaba la morada sagrada de Dios (Éxodo 25:8; Salmo 77:13). Consistía en un atrio con un altar de holocaustos y una fuente para que los sacerdotes se lavaran antes de entrar al santuario. El tabernáculo mismo contenía dos departamentos: el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. El servicio de los sacerdotes en relación con el santuario era una representación de la obra de Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, en el verdadero tabernáculo “que levantó el Señor, y no el hombre” (Hebreos 8:1–5; 9:19–28).

En su ascensión al cielo, Cristo comenzó su ministerio de intercesión en el lugar santo del santuario celestial, donde, durante más de 1800 años, ofreció los méritos de su sangre como expiación por todos los pecados confesados. Juan 1:29; Romanos 5:8-11; 8:34.

En 1844, según la profecía de Daniel 8:14, Cristo entró en la segunda y última fase de su ministerio en el lugar santísimo para purificarlo de los pecados de los pecadores arrepentidos. Esta obra también se llama el juicio investigador. Apocalipsis 11:18, 19; 20:12; 22:12. Aunque

La vida de todos los que tienen sus nombres escritos en el libro de la vida, tanto de entre los muertos como de los vivos, será examinada. Solo los que hayan confesado y abandonado sus pecados tendrán sus nombres retenidos en el libro de la vida y sus pecados borrados de los libros de registro. Daniel 7:9–14; 1 Pedro 4:17, 18.

Cuando Cristo, por los méritos de su propia sangre, borre del santuario el registro de los pecados de sus hijos fieles al final del tiempo de gracia para la humanidad (Apocalipsis 22:11, 12), colocará esos pecados sobre Satanás, el macho cabrío expiatorio, quien, en la ejecución del juicio, deberá asumir la responsabilidad final por todos los pecados que ha hecho cometer a los santos. Levítico 16:8–10, 21, 22.

Como pueblo, debemos ser estudiantes fervientes de la profecía; no debemos descansar hasta comprender el tema del santuario, que se menciona en las visiones de Daniel y Juan. Este tema arroja gran luz sobre nuestra posición y obra actuales, y nos da una prueba inequívoca de que Dios nos ha guiado en nuestra experiencia pasada. Explica nuestra decepción.

“en 1844, mostrándonos que el santuario que había de ser purificado no era la tierra, como habíamos supuesto, sino que Cristo entonces entró en el compartimiento santísimo del santuario celestial, y allí está realizando la obra final de su oficio sacerdotal, en cumplimiento de las palabras del ángel al profeta Daniel: ‘Hasta dos mil trescientos días; luego el santuario será purificado’.”—Evangelismo, págs. 222, 223.

El pueblo de Dios debe comprender claramente el tema del santuario y del juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos la posición y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De lo contrario, les será imposible ejercer la fe esencial en este tiempo ni ocupar el puesto que Dios les ha encomendado. Cada individuo tiene un alma que salvar o que perder. Cada uno tiene un caso pendiente ante el tribunal de Dios. — El Conflicto de los Siglos, pág. 488.

“La correcta comprensión del ministerio en el santuario celestial es el fundamento de nuestra fe.”—Evangelismo, pág. 221.

Vivimos ahora en el gran día de la expiación.

En el servicio típico, mientras el sumo sacerdote hacía la expiación por Israel, todos debían afligir sus almas mediante el arrepentimiento del pecado y la humillación ante el Señor.

para que no sean cortados de entre el pueblo. De la misma manera, todos los que quieran que sus nombres sean retenidos en el libro de la vida deben ahora, en los pocos días que les quedan de su tiempo de prueba, afligir sus almas delante de Dios con dolor por el pecado y verdadero arrepentimiento. Debe haber un profundo y fiel escudriñamiento del corazón. El espíritu ligero y frívolo al que se entregan tantos cristianos profesos debe ser desechado. Hay una guerra ferviente ante todos los que quieran someter las malas tendencias que luchan por dominar. La obra de preparación es una obra individual. No nos salvamos en grupos. La pureza y la devoción de uno no compensarán la falta de estas cualidades en otro. Aunque todas las naciones han de pasar a juicio ante Dios, él examinará el caso de cada individuo con un escrutinio tan minucioso y minucioso como si no hubiera otro ser sobre la tierra. Todos deben ser probados y hallados sin mancha ni arruga ni cosa parecida.

Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Trascendentales son los intereses involucrados en ella. El juicio se está llevando a cabo ahora en el santuario celestial. Durante muchos años esta obra ha estado en progreso. Pronto —nadie sabe cuán pronto— pasará a los casos de los vivos. En la imponente presencia de Dios, nuestras vidas deben ser revisadas. En este momento, más que en cualquier otro, le corresponde a cada alma prestar atención al Salvador...

del Séptimo Día

La amonestación de Dios: “Velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo” (Marcos 13:33). “Si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti” (Apocalipsis 3:3).

“Cuando concluya la obra del juicio investigador, el destino de todos habrá sido decidido para la vida o la muerte. El tiempo de prueba termina poco antes de la aparición del Señor en las nubes.

del cielo. Cristo en el Apocalipsis, anticipando ese momento, declara: “El que es injusto, siga siendo injusto; y el que es inmundo, siga siendo inmundo; y el que es justo, siga practicando la justicia; y el que es santo, siga santifíquese. He aquí, yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:11, 12). —Ibíd., págs. 489–491.